



TERRY
BROOKS

El

Druida

De

Shannara

Libro II de la Herencia de Shannara

Cuando el espíritu de Allanon convocó al Cuerno de Hades a los cuatro vástagos de Shannara: Par, Coll, Wren y Walker Bo, para pedirles que se opusieran al creciente control que las misteriosas y perversas sombras ejercían sobre Las Cuatro Tierras, envenenándolas y esterilizándolas, encargó al último la restauración de Paranor, la desaparecida Fortaleza de los druidas. Para cumplir su misión, Walker necesita la Piedra Élfica Negra, pero su búsqueda lo condujo a una trampa. Después...

*A Laurie y Peter
por su amor, apoyo y ánimo
en todas las cosas*

LIBRO I

01

El Rey del Río Plateado contemplaba, con profunda tristeza y gran desánimo, el mundo de los hombres mortales apostado en el límite de los Jardines que habían constituido sus dominios desde los albores de la era de los elfos. El terreno enfermaba y moría por doquier, la rica tierra negra se transformaba en polvo, las praderas se agostaban, los bosques se convertían en grandes extensiones de madera muerta y los lagos y ríos se estancaban o evaporaban. Asimismo, las criaturas enfermaban y morían a causa de la escasez de recursos, ya que los alimentos cada día estaban más contaminados. Hasta el aire había empezado a ser casi irrespirable.

Y mientras tanto, pensó el Rey del Río Plateado, los Espectros se fortalecen.

Extendió la mano para acariciar los pétalos carmesíes del ciclamen que crecía alrededor de sus pies. La forsitia se apiñaba más allá, junto con los cornejos y las zarzas, las fucsias y los hibiscos, los rododendros y las dalias, los macizos de lirios, azaleas, narcisos, rosas y un centenar de variedades de plantas siempre en flor, una profusión de colores que se extendía ante sus ojos hasta perderse de vista. También había animales, grandes y pequeños, criaturas cuya evolución se remontaba a la época lejana en que todos los seres vivían en paz y armonía.

En el mundo actual, el mundo de las Cuatro Tierras y las Razas que se había desarrollado a partir del caos y la destrucción de las Grandes Guerras, ese tiempo no se recordaba. El Rey del Río Plateado era su único superviviente. Existía ya cuando el mundo era nuevo y sus primeras criaturas

empezaban a nacer. Entonces era joven, y había muchos como él. Ahora ya era viejo, el último de su especie. Todo lo que entonces existía, excepto los Jardines en que habitaba, había muerto. Sólo los Jardines sobrevivían, inmutables, conservados por la magia. La Palabra le había dado los Jardines, encomendándole su cuidado, para que permanecieran como recordatorio de lo que había sido y tal vez pudiera ser de nuevo. El mundo exterior evolucionaría, pero los Jardines permanecerían inalterables.

A pesar de ello, se estaban contrayendo. No era algo físico, sino espiritual. Los límites se mantenían fijos, inalterables, ya que se hallaban en un plano de existencia que no podía resultar afectado por los cambios registrados en el mundo de los hombres mortales. Los Jardines eran una presencia más que un lugar. Sin embargo, esa presencia perdía consistencia a causa de la enfermedad del mundo al que estaba unida, pues su misión, y también la de su cuidador, era mantener ese mundo. A medida que las Cuatro Tierras se iban envenenando, el trabajo se hacía más duro, sus efectos eran menos duraderos y la creencia humana en ellos, siempre difusa, empezaba a desaparecer.

Eso entristecía al Rey del Río Plateado. No sentía lástima por sí mismo, sino por los habitantes de las Cuatro Tierras, los hombres y mujeres mortales que corrían el riesgo de perder la magia de una forma definitiva. Los Jardines habían sido un refugio para ellos en la tierra del Río Plateado durante siglos, mientras que él era el espíritu amistoso que los protegía. Había velado por ellos, les había proporcionado un sentido de paz y bienestar que trascendía las fronteras físicas, y asegurado que la benevolencia y la buena voluntad eran todavía posibles en algunos rincones del mundo. Ahora eso había terminado, ya no podía proteger a nadie. La perversidad de los Espectros, el veneno que incessantemente inoculaban en las Cuatro Tierras, había ido erosionando su propia fuerza hasta dejarlo casi encerrado en

sus Jardines, sin que pudiera acudir en ayuda de aquellos por quienes se había esforzado durante tanto tiempo.

Dominado por la desesperación, el Rey del Río Plateado contempló la ruina del mundo. Los recuerdos jugaron al escondite en su mente. Los druidas, guardianes de las Cuatro Tierras, habían desaparecido. Algunos descendientes de la casa élfica de Shannara habían sido los paladines de las Razas durante generaciones, protegiendo los restos de la magia, pero todos ellos ya habían muerto.

Se propuso rechazar el sentimiento de desesperación que había hecho presa en él. Los druidas regresarían, porque había nuevas generaciones en la antigua estirpe de Shannara. El Rey del Río Plateado conocía de manera minuciosa casi todo lo que sucedía en las Cuatro Tierras, aunque no podía visitarlas. El espíritu de Allanon había convocado a varios descendientes de Shannara, que estaban dispersos, con el fin de recuperar la magia perdida, y tal vez lo lograrán si conseguían sobrevivir el tiempo suficiente para encontrar la manera de hacerlo. Sin embargo, todos ellos estaban atravesando una situación peligrosa. Todos corrían el riesgo de morir, amenazados en el este, el sur y el oeste por los Espectros, y en el norte por Uhl Belk, el Rey de Piedra.

Sus cansados ojos se cerraron durante un breve instante. Sabía lo que se necesitaba para salvarlos; un acto de magia, tan poderoso y complicado que nada pudiera impedir su éxito, un acto de magia que traspasara las barreras que sus enemigos habían creado, que rompiera la pantalla de mentiras y falsedades colocada ante los cuatro de quienes tanto dependía.

Sí, cuatro, no tres. Ni siquiera Allanon podía captar toda la realidad.

Se dio la vuelta y se dirigió al centro de su refugio. Dejó que las canciones de los pájaros, la fragancia de las flores y el aire templado sosegaran su espíritu mientras caminaba y permitía que el color, el sabor y el sonido de todo lo que le

rodeaba penetraran en él a través de sus sentidos. En realidad, podía hacer cualquier cosa dentro de sus Jardines, pero era afuera donde su magia era necesaria. Sabía muy bien que lo era. Como preparación, adoptó la forma del anciano con la que en ocasiones se mostraba al mundo exterior. Sus pasos se convirtieron en un bamboleo inestable, su respiración se volvió entrecortada, sus ojos se nublaron y su cuerpo se encorvó por el peso de la edad avanzada. Cesó el canto de los pájaros, y los animalillos que estaban cerca se escondieron con rapidez. El Rey del Río Plateado se propuso alejarse de todo aquello en lo que estaba inmerso, retrocediendo a lo que podría haber sido, por la necesidad de sentir la mortalidad humana para comprender con claridad cuál era la parte de sí mismo que debía entregar.

Cuando llegó al centro de sus dominios, se detuvo junto a una laguna de purísimas aguas alimentada por un pequeño arroyo, en la que en aquel momento bebía un unicornio. La tierra que la rodeaba era oscura y fértil. Flores diminutas y delicadas que no tenían nombre crecían al borde del agua. Eran tan blancas como la nieve recién caída. Un pequeño árbol se levantaba en medio de una plantación de violetas al otro lado de la laguna. Sus delicadas hojas verdes estaban moteadas de rojo. En un par de enormes rocas, las vetas de mineral brillaban bajo la luz del Sol.

El Rey del Río Plateado permaneció inmóvil sintiendo la vida que lo rodeaba, y deseó fundirse con ella. Cuando lo hizo, cuando todo se entramó con la forma humana que había adoptado, se expandió para abarcarla en su interior. Sus manos, de frágiles huesos y arrugada piel humana, se levantaron y convocaron su magia, y las sensaciones de la vejez que recordaban la existencia mortal desaparecieron.

El arbolito llegó primero, desarraigado, transportado, y se asentó ante él; el armazón de huesos sobre el cual podría edificar. Poco a poco, el árbol se curvó para adoptar la forma que él deseaba, plegando las hojas contra las ramas, envolviéndose y cerrándose. A continuación llegó la tierra,

arrastrada por palas invisibles que la apilaban sobre el árbol, cubriendo y definiendo. Luego se aproximaron los minerales para los músculos, el agua para los fluidos y los pétalos de las diminutas flores para la piel. Cogió seda de la crin del unicornio para el cabello y perlas negras para los ojos. La magia modeló y urdió todos los elementos, y su creación fue tomando forma.

Cuando terminó, la muchacha que se encontraba ante él era perfecta en todos los sentidos, salvo en uno. Aún le faltaba la vida.

Él miró a su alrededor y eligió a la paloma. La cogió en el aire y la depositó, todavía viva, en el pecho de la muchacha, donde se convirtió en su corazón. Entonces la abrazó y le insufló su propia vida, dio un paso atrás y esperó.

El pecho de la muchacha se levantó y se contrajo, y sus miembros se movieron. Abrió los ojos, unos carbones negros en contraste con sus delicadas y blancas facciones. Era de complexión pequeña y delicada, como una figura de papel cuyos bordes y ángulos hubiesen sido reemplazados por curvas. Sus cabellos eran tan blancos que parecían de plata, y había en ellos un brillo que sugería la presencia del precioso metal.

—¿Quién soy? —preguntó con una voz suave y musical, que recordaba los susurros de los arroyuelos y los apagados sonidos nocturnos.

—Eres mi hija —respondió el Rey del Río Plateado, descubriendo en su interior el renacimiento de unos sentimientos que creía perdidos hacía ya mucho tiempo.

No se molestó en decirle que era una elemental, una hija de la tierra creada por su magia. Ella podría sentir lo que era a partir de los instintos que le había proporcionado. No era necesaria ninguna otra explicación.

La muchacha dio un cauteloso paso hacia adelante, y luego otro. Al descubrir que podía andar, empezó a moverse con más rapidez, probando sus habilidades de distintas formas mientras rodeaba a su padre, a quien contemplaba

con timidez y precaución. Contempló los alrededores con curiosidad, absorbiendo las vistas, olores, sonidos y sabores de los Jardines, descubriendo en ellos una relación que no pudo entender en aquel instante.

—¿Son mi madre estos Jardines? —preguntó de pronto, y el Rey del Río Plateado respondió que así era.

—¿Soy parte de ambos? —volvió a preguntar, y el Rey respondió que sí.

—Ven conmigo —le dijo con amabilidad el Rey del Río Plateado.

Recorrieron juntos los Jardines, explorándolos como un padre y su pequeña hija, contemplando las flores, observando los rápidos movimientos de los pájaros y los animales, estudiando los vastos y complicados diseños de las raíces enmarañadas, las complejas capas de roca y tierra y las pautas tejidas por los hilos de la existencia de los Jardines. Ella era rápida e inteligente, se interesaba por todo, respetaba la vida, se preocupaba. Él se sentía satisfecho, consciente de que la había creado bien.

Un rato más tarde, empezó a enseñarle los rudimentos de la magia. Primero le mostró la suya propia; sólo pequeños retazos, para no abrumarla. Entonces le permitió que ella probara la suya. La muchacha se sorprendió al comprobar que la poseía, y más aún cuando descubrió lo que podía hacer. Pero no titubeó en emplearla. Estaba ansiosa.

—Tienes un nombre —le dijo el Rey del Río Plateado—. ¿Te gustaría saberlo?

—Sí —respondió, deteniéndose y mirándolo fijamente.

—Tu nombre es Despertar. —Hizo una breve pausa—. ¿Comprendes por qué?

—Sí —respondió la muchacha, tras reflexionar un instante.

Él la llevó hasta un viejo nogal, cuya corteza se desprendía del tronco en grandes y gruesas tiras. Soplaban una fresca brisa, olía a begonia y a jazmín, y la hierba era suave al

tacto cuando se sentaron sobre ella. Un grifo deambulaba por allí y olisqueó la mano de la muchacha.

—Despertar —dijo el Rey del Río Plateado—. Hay algo que debes hacer.

Con tranquilidad y de forma clara y precisa, le explicó las razones por las que debía abandonar los Jardines y salir al mundo de los hombres. Le indicó dónde debía ir y qué era lo que tenía que hacer. Le habló del Tío Oscuro, del joven de las tierras altas, y del otro que no tenía nombre, de los Espectros, de Uhl Belk y Eldwist, y de la piedra élfica negra. Mientras le hablaba, revelándole la verdad de lo que ella era, experimentó un dolor dentro de su pecho que era inequívocamente humano, una parte de sí mismo que había permanecido arrinconada durante muchos siglos. El dolor provocó en él una tristeza que a punto estuvo de quebrar su voz y de hacerle derramar lágrimas. Sorprendido, se detuvo para controlarse, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para proseguir con su explicación. La muchacha lo observaba en silencio, atenta, introspectiva y expectante. No puso objeciones a sus palabras ni formuló preguntas. Simplemente, se limitó a escuchar y aceptar.

—Comprendo lo que se espera de mí —dijo Despertar, poniéndose de pie, cuando el Rey del Río Plateado terminó su explicación—. Estoy dispuesta.

—No, hija, no lo estás —respondió él, haciendo un gesto negativo—. Lo descubrirás cuando salgas de aquí. A pesar de ser quien eres y de tus capacidades, serás vulnerable a cosas contra las que no puedo protegerte. Ten cuidado. Ponte en guardia contra lo que no puedas comprender.

—Lo haré —respondió la muchacha.

El Rey del Río Plateado la acompañó hasta el final de los Jardines, donde empezaba el mundo de los hombres, y juntos contemplaron su estado ruinoso. Permanecieron en silencio durante largo rato.

—Comprendo por qué soy necesaria allí —dijo por fin Despertar.

Él hizo un gesto de asentimiento dominado por la tristeza, sintiendo su pérdida aunque aún no se había marchado. *Es sólo una elemental*, pensó, pero enseguida supo que estaba equivocado. Era parte de él, como si la hubiera engendrado.

—Adiós, padre —dijo Despertar de repente, y empezó a alejarse.

Salió de los Jardines y desapareció en el mundo de más allá. Cuando partió, no se despidió con un beso ni con un abrazo. Simplemente se marchó, porque era todo lo que sabía hacer.

El Rey del Río Plateado se dio media vuelta. Los esfuerzos que había hecho, lo habían debilitado, extrayendo parte de su magia. Necesitaba tiempo para descansar. Se despojó de su imagen humana, apartando la falsa cobertura de piel y huesos, liberándose de sus recuerdos y sensaciones, y volvió a ser la criatura fantástica que era.

Sin embargo, los sentimientos que había provocado en él Despertar, su hija, la niña de su creación, siguieron con él.

02

Un escalofrío despertó a Walker Boh.

Tío Oscuro.

El susurro de una voz en su mente lo apartó de la orilla del estanque negro hacia el que se deslizaba, sacándolo de la intensa oscuridad a las franjas de luz grisácea, y el sobresalto fue tan violento que sintió calambres en los músculos de sus piernas. Levantó la cabeza del brazo que le servía de almohada y abrió los ojos, pero no descubrió nada. El dolor recorría todo su cuerpo en incesantes oleadas. Era como si lo hubieran tocado con un hierro candente, y se curvó sobre sí mismo en un inútil intento de aminorarlo. Sólo su brazo derecho permaneció extendido, como algo pesado y molesto que ya no le pertenecía, unido para siempre al suelo de la caverna donde se hallaba, convertido en piedra hasta el codo.

Allí estaba el origen del dolor.

Cerró los ojos, deseando que se disolviera, que desapareciera. Pero carecía de la fortaleza necesaria para ordenarlo, porque su magia estaba muy debilitada, casi agotada por el esfuerzo realizado para resistir el avance del veneno del Áspid. Habían pasado siete días desde su llegada a la Morada de los Reyes en busca de la piedra élfica negra, siete días desde que, en lugar de la piedra, había encontrado a la criatura letal que había sido puesta allí para acabar con su vida.

¡Oh, sí!, pensó lleno de angustia. Para acabar con mi vida de una forma cruel.

Pero ¿quién la había puesto allí? ¿Los Espectros u otros seres? ¿Quién tenía en su poder la piedra negra?

Recordó con desesperación los sucesos que lo habían llevado al estado en que se hallaba. La llamada del espíritu de Allanon, muerto trescientos años antes, a los herederos de la magia de Shannara: su sobrino Par Ohmsford, su prima Wren Ohmsford y él. Recibieron la convocatoria y también una visita del antiguo druida Cogleine pidiéndoles que la atendieran. Y lo hicieron. Se reunieron los tres en el Cuerno del Infierno, el antiguo lugar de descanso de los druidas, donde Allanon se les apareció y les encomendó diferentes misiones para combatir el tétrico trabajo de los Espectros, que utilizaban su propia magia para agostar la vida de las Cuatro Tierras. A Walker le encomendó la misión de recuperar Paranor, el desaparecido hogar de los druidas, y con él a los druidas que lo habían habitado. Se resistió hasta que Cogleine volvió a visitarlo, esta vez llevando consigo un volumen de las *Historias de los druidas* que hablaba de una piedra élfica negra con el poder de recuperar Paranor. Eso lo impulsó a visitar al Oráculo Siniestro, adivino de los secretos de la tierra y de los hombres mortales.

Escudriñó la penumbra de la caverna que lo rodeaba, las puertas que cerraban los Sepulcros de los Reyes de las Cuatro Tierras, muertos hacía varios siglos, los tesoros apilados ante las criptas donde yacían, y los centinelas de piedra que montaban guardia sobre sus restos. Ojos pétreos en rostros inexpresivos, ciegos, indiferentes. Estaba solo con sus fantasmas.

Se moría.

Las lágrimas inundaron sus ojos, nublándole la vista mientras luchaba por contenerlas. ¡Qué idiota había sido!

Tío Oscuro. Las palabras le llegaron sin sonido, un recuerdo que se burlaba y lo zahería. Era la voz del Oráculo Siniestro, el espíritu insidioso y responsable de la situación en que ahora se encontraba. Sus adivinanzas lo habían llevado a la Morada de los Reyes en busca de la piedra élfica

negra. El Oráculo debía de saber lo que le esperaba, que allí no encontraría ninguna piedra élfica sino el Áspid, una trampa mortal que lo destruiría.

¿Por qué había creído que sucedería otra cosa?, se preguntó Walker. ¿No lo odiaba el Oráculo Siniestro más que a nadie? ¿No se había vanagloriado de que lo enviaba a la perdición al darle lo que le pedía? Walker había seguido el camino marcado sólo para complacer al espíritu, corriendo al encuentro de la muerte prometida, creyendo con frivolidad que sería capaz de protegerse contra cualquier mal que lo acechara. ¿Recuerdas?, se reprendió. ¿Recuerdas lo confiado que eras?

Se retorció mientras el veneno ardía en su interior. Bien. ¿Qué había sido de su confianza?

Se puso de rodillas con gran esfuerzo y se inclinó sobre la grieta del suelo de la caverna donde su mano estaba clavada a la piedra. Apenas podía distinguir los restos del Áspid, el serpentino cuerpo pétreo enroscado en su brazo de piedra, los dos unidos para siempre, atados a la roca de la montaña. Apretó los dientes y subió la manga de su túnica. Tenía el brazo duro y rígido, gris hasta el codo, y vetas grises que ascendían hacia su hombro. El proceso era lento, pero irreversible. Todo su cuerpo se convertiría en piedra.

No importaba demasiado, pensó, pues moriría de hambre, de sed o a causa del veneno mucho antes de que eso llegara a suceder.

Dejó que la manga volviera a su sitio, cubriendo el horror de aquello en que se había convertido. Siete días. Las escasas provisiones que había llevado, hacía tiempo que se habían acabado, y también el agua, aunque ésta le había durado algo más. Estaba perdiendo sus fuerzas a un ritmo vertiginoso. Tenía fiebre, y sus períodos de lucidez eran cada vez más cortos. Al principio luchó con todas sus fuerzas contra lo que le sucedía, intentando utilizar su magia para expulsar el veneno de su cuerpo, para recuperar su mano y su brazo de carne y hueso. Pero la magia le había fallado